

CARACAS NACE POR LA VEGA

Los Tovar y los Herrera



Hacienda La Vega

ISABEL DE CARACAS

La llamada provincia Caracas, habitada en sus orígenes por naciones de aborígenes diversas y separadas - Caracas, Tarmas, Taramaynas, Chagaragatos, Paracotos, Teques, Meregotos, Mariches, Arvacos y Quiriquires, Oharagotos - debe su nombre al primero de estos grupos quienes habitaban en las costas, tal y como rezan las crónicas históricas de Oviedo y Baños (1723), Andrés Bello (1810), y Arístides Rojas (1878).

Se sabe de la existencia de esa provincia tiempo más tarde y pasados los descubrimientos a través de las noticias que, a su hijo Francisco Fajardo e hijo de hombre hidalgo del mismo nombre, le trasmite su madre, la cacica de la nación Guaiquerí situada en la actual Isla de Margarita, llamada Isabel. Sabe ella por su abuelo, el cacique Charayma del valle de Maya (luego el valle de Caracas), quien le habla de esas tierras fértiles cruzadas de riachuelos, de clima benigno, situadas al traspasarse la cordillera y constantes de veinte lenguas entre el Norte y el Sur y de cuarenta leguas desde Borburata - actual parroquia del municipio venezolano de Puerto Cabello - hacia el Este.



Isabel de Caracas y Francisco Fajardo

Fajardo intenta conocer y poblar ese Valle de Maya acompañado de unos hermanos suyos por parte de madre y de veinte originarios Guaiqueríes, valido de su dominio de las distintas lenguas habladas en esas costas del

centro de la provincia. Estaban gobernadas, entre otros y para entonces, por el cacique Naiguatá, primo de su madre. Corría el año '55 del siglo XVI. Por mediación de Naiguatá logra Fajardo contactos con los caciques que ocupan el valle que pudo acoger a un gran lago interior como lo refiere Humboldt (Paris, 1820) y tiene a su frente el actual Cerro El Ávila. Después regresa a su punto de origen. Más tarde, acompañado esta vez de su madre Isabel – que al paso es una india caraca originaria, nacida en el citado valle de Maya – y un centenar de guaiqueríes, emprende en el '57 su segundo viaje.



Motivos plásticos de la fundación de Caracas, Pedro Centeno Vallenilla.

Al principio intenta no pasar de la costa de Píritu, persuadido por no contar con suficiente compañía para su deseo de poblar en el valle caraqueño que es su objeto final. Mas decide allí proseguir, constatando que se le suman en la aventura que se propone y que narra unos once españoles deseosos de participar. Trae consigo, junto a sus guaiqueríes, a un grupo de indígenas píritus y en su escala, pasado el llamado Cabo de Codera alcanza al sitio de Chuspa. Allí le visitan los caciques Paisana y Guaimacuare, queriendo ofrendar respetos a su madre, la cacica Isabel. Le insisten estos que se queden allí y ocupen para sus labranzas el valle de Panecillo.

Tal establecimiento lo ve provechoso y considera que le puede animar a la mayor empresa mejor preparado, una vez como alcance a acopiar mayores elementos para poblar. Pero considera Fajardo, además, que ha de obtener

la autorización para ello del gobernador Gutiérrez de la Peña y Langayo, quien despacha como regidor del Tocuyo y de Coro, a la vez que como gobernador y capitán general interino de la provincia venezolana (1558-1559). Hacia él se dirige, hasta el Tocuyo, dejando a los suyos instalados en el citado Panecillo y entrando a su nuevo destino por Borburata. Allí logra, en efecto, título para gobernar la costa desde dicho sitio – próximo al actual Puerto Cabello – hasta Maracapana, provincia de los cumanagotos, hoy Barcelona.

Así, apoderado como se encuentra y de vuelta hasta donde situase sus rancherías, que encuentra mejoradas, declara fundada sobre el Panecillo la Villa Rosario. Cuenta para ello con el afecto de las naciones indígenas colindantes.

LLEGA LA HORA DEL CHOQUE Y LOS DESENCUENTROS.

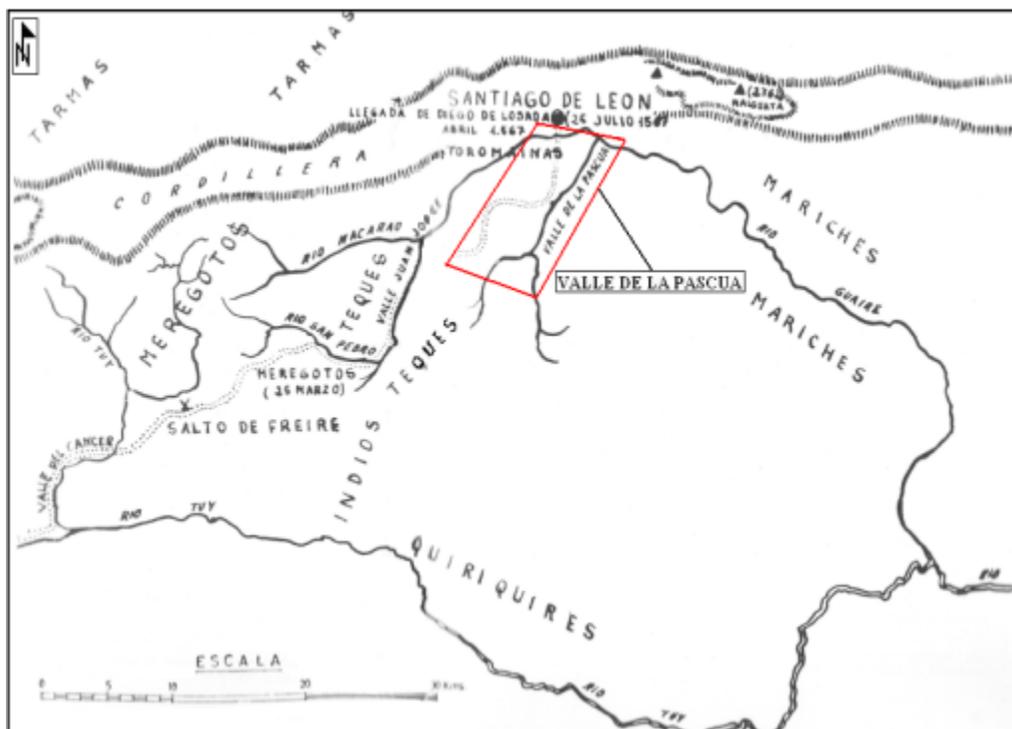
Las molestias y envidias que acusan los indígenas originarios del lugar, sujetos a los caciques que le proveyesen asentamiento a Fajardo y las otras naciones también indígenas que le acompañan, origina que la parca se haga presente; ello a pesar de que el cacique Guacamacure se empeña en conservar la amistad entre todos. Sin embargo, en junta de este con sus pares, cuya exaltación de ánimos debe sosegar el señor de Caruao, se decide pedirle a aquél que regrese con su gente a Margarita. Así ocurre, pero no sin mediar un desencuentro y el uso de la violencia.

El más altivo, el cacique Paisana apela a las macanas, provoca muertes que sucesivamente son vengadas por Fajardo, quien antes de partir ve fallecer a su madre en las aguas que envenenan los seguidores de aquél. Este quiso buscar la tregua, y el cacique Guacamacure le previene que la visita que al efecto le anuncia y que recibirá de Paisana es una celada.

Antes de partir, por consiguiente, Fajardo lo ahorca y da muerte junto a diez aborígenes comprometidos con el asalto. Oviedo y Baños, sin embargo, refiere sobre “la acción indigna de un corazón magnánimo” como el del primer fundador de Caracas. Era llegado el año ‘58.

En su tercera vuelta, sabiendo que la memoria de lo ocurrido estaba reciente vuelve desde Margarita hasta llegar a Caruao, no más allá, a fin de encontrarse con su amigo el cacique Guaimacuare. Deja a quienes trae consigo a su cuidado y sigue de largo hacia Valencia para observar, sin mediaciones de riesgo, el territorio que se le había confiado para su poblamiento. Recibe del gobernador apoyo de hombres y un título de

teniente general con poderes para conquistar, poblar y hasta asignar encomiendas.



Avanza, ahora sí, hacia el valle de Maya – Caracas – entrando por la loma de las Cocuizas donde encuentra al cacique y logra ganarse su voluntad por el manejo de las lenguas que lo privilegia. Desde el poniente hasta el oriente, acaso por las vegas sigue las costas del río principal que recorre al valle donde deja instalado el hato ganadero y rancherías que denomina San Francisco. Allí se establecerá luego la villa que recibe el mismo nombre y en el que quedará fundada, años después, la ciudad de Santiago de León.

Fajardo deja el ganado y gente para su cuidado mientras pasa hacia la costa para volver encontrarse con los suyos, junto a quienes funda en la costa la Villa del Collado, en la actual Caraballeda, que así la llama para congraciarse con el gobernador, su benefactor. Una vez más gira hasta la Villa San Francisco y de allí avanza hacia el territorio de los indios Teques, en el sureste del Valle de Maya, en búsqueda de minas de oro que sólo sellan al término la tragedia de su empresa. El vil metal, como aún ocurrirá transcurridos desde entonces más de cuatro siglos, divide las voluntades.

Suscitados recelos en el Tocuyo, hablándose de que poco puede confiarse en Fajardo por sus fáciles avenimientos con los indígenas, el gobernador le

confía a Pedro de Miranda, su lugarteniente, asumir los poderes de Fajardo y ofrecerle a este se quedase como Justicia Mayor en El Collado.

Conociendo Miranda la fiereza de los indios teques y sobre todo la de los mariches que ocupan el territorio por diez leguas con diversos pueblos, desde el sitio final del Hato San Francisco hacia el oriente, al regresar al Tocuyo para imponer al gobernador de la riqueza en oro encontrada, este nombra como Teniente de la Provincia de Caracas a Juan Rodríguez Suárez, de ganada fama como hombre fuerte. Es quien confronta a Guaicaipuro para dominar los sitios mineros poseídos por los teques, pero en una salida suya para encontrarse con Fajardo en el litoral, aprovecho aquel para asesinarle a sus hijos dentro de las rancherías que construyera en el sitio de las minas.



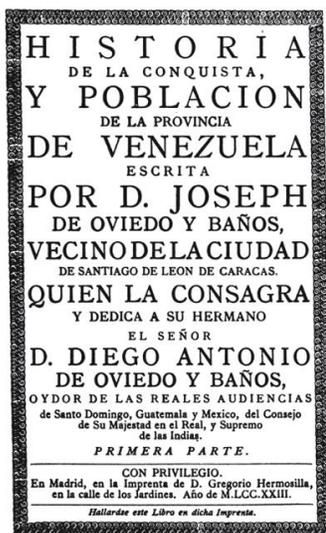
Juan Rodríguez Suárez

Presa del dolor y la rabia Rodríguez marcha hacia el hato San Francisco. Lo encuentra destruido y quemadas sus casas por Paramaconi, cacique de los indios taramainas, a pedido de Guaicaipuro. Antes que arredrarse y en desafío, en área no lejos del hato que le da su primer nombre hispano al valle de Maya, decide establecer formalmente la Villa San Francisco, en las márgenes del río El Valle, tributario del río Guaire que cruza la actual Caracas. Reparte tierras, nombra alcaldes y regidores, mientras busca sujetar con las armas a los indígenas en revuelta.

Pasado el tiempo, sabiéndose que el tirano Lope de Aguirre hace de las suyas y decidido Rodríguez a encontrarlo, para darle muerte en vía hacia

Valencia, hace descanso en el río de San Pedro, en las Lagunetas. En refriega que sostiene con Guaicaipuro y Terepaima hasta que le falta el alimento – que allí rompe el último cacique su pacto de amistad con Fajardo – y acompañados éstos de sus naciones respectivas, muertos a flechazos sus acompañantes, el fundador de la Villa de San Francisco decide no rendirse. Pone a prueba su fiereza.

Para sorpresa de los «gandules» – así califica Oviedo a los indígenas, en expresión que significa holgazán para los árabes – quienes lo han cercado pero le aceptan su victoria, bajándose Rodríguez del caballo para reponer fuerzas allí muere de manera repentina sin recibir heridas, para susto de tales aborígenes. Sólo una vez como constatan que está bien muerto se reparten sus ropajes y los pedazos de su cuerpo como signos de victoria. Sería, para el tiempo, el año '61.



Diego de Lossada

EL MOMENTO DE LA FUNDACIÓN ESTABLE. SUENAN TAMBORES Y FOTUTOS.

Pasado un lustro, la empresa de la estabilidad fundacional del hatu y la villa de San Francisco, dentro del valle de Maya, queda en manos de don Diego de Losada y Cabeza de Vaca. Es un conquistador español que viene desde Puerto Rico hacia Coro, transitando desde Maracapana, en el oriente venezolano.

Llegado el año '67 sale del Tocuyo, pasa por Barquisimeto y el 20 de enero celebra en Nirgua, llamada Villa Rica, la fiesta de San Sebastián, a quien escoge como patrono para su empresa de conquista y poblamiento definitivos de Caracas.

batalla alzó la voz apellidando a Santiago, a cuyo nombre esforzados los jinetes, batiendo los ijares de los caballos armados, rompieron por la vanguardia, donde los más valientes gandules, cubiertos de penachos y pavesas ostentaban su constancia expuestos a la oposición del primer choque; pero aunque intentaron resistir el ímpetu con que furiosos acometían los caballos, se hallaron atropellados, cuando se imaginaban invencibles, y olvidados de las armas para su defensa, sólo se valieron de la confusión para la fuga”.



Sigue el conquistador en su avance dos leguas más allá, hasta llegar al pueblo del cacique Maracao, cuyas gentes deciden permanecer y rendirse para no ver dañados sus terrenos de cultivo. Allí se juntan – las Adjuntas le llaman hoy – el río de San Pedro y el río Guaire. Pero entiende el conquistador que se trata de una bienvenida en paz fingida, dado lo cual parte al día siguiente y avanza hacia la villa de San Francisco. La aprecia a apenas tres leguas desde el sitio del último río cuya corriente aguas abajo le muestra el panorama paradisíaco esperado.

Después se desvía hacia las tierras del cacique Caricuaio, por temor a que los cañaverales del mismo río se ocultasen a indios enemigos. Deja atrás a lo que serían las vegas del Guaire. Se aproximan los días de pascua y la crónica dice que Losada, en su cambio de rumbo y antes de alcanzar a la ciudad primada que llegará fundar, toca en los valles situados al sur y que desde entonces quedan bautizados con las efemérides. Se trataría del valle de la Pascua, hacia el distante sureste.

El 3 de abril del año 67 levanta su campamento. Se dirige decidido, esta vez sí, hacia San Francisco, y encontrándose a distancia de una legua hubo de enfrentar una última refriega con los indios teques. La conduce Diego de Paredes, quien es herido de muerte. Antes logra apresar a un indio muy joven, mancebo según Oviedo, de nombre Guayauta, a quien Losada le acoge benévolo, cura sus heridas y le ofrece sea su mediador para la paz con los suyos. Por tal vía intenta un avenimiento con el cacique Chacao, que le desprecia este y decide retirarse con su gente a la serranía.



Pasa el tiempo. Ya establecido Losada y sus pobladores en el valle caraqueño, en la villa de San Francisco, le encarga a Rodrigo Ponce avanzar por la parte del poniente de las montañas del norte, que se elevan como muralla sobre Caracas y en camino hacia el mar. Les apremian los bastimentos y al efecto va este acompañado hacia los territorios que ocupan tarmas y taramainas, por entre las montañas que conducen hacia el litoral. Enfrentan en refriega a Carapaica. “Partido Don Rodrigo con su gente, llegó a la medianía de una loma, de donde descubrió en las vegas que formaba una quebrada algunas sementeras, que abundantes de maíz, yuca y otras raíces, le ofrecían con facilidad, lo que buscaba con ansia”, dice la memoria.

Se funda así, valiéndose de las “vegas” – destacando sobremanera las situadas a orillas del río Guaire – la ciudad a la que titula Losada como Santiago de León de Caracas. El valle de Maya queda atrás y se olvida. “Hechas las diligencias que en semejantes actos se acostumbran, señalado sitio para la iglesia y repartidos solares a los vecinos nombró por Regidores a Lope de Benavides, Bartolomé de Almas, Martín Fernández de Antequera y Sancho del Villar. Juntos estos, en cabildo, eligieron por primeros alcaldes a Gonzalo de Osorio, sobrino de Losada y a Francisco Infante”, luego fundador de La Vega. No hay fecha ni documentos que refieran el momento de la fundación, refiere Oviedo y Baños, pero el Hermano Nectario María logra, tras arduas investigaciones en Sevilla, situarla en el 25 de julio de 1567.

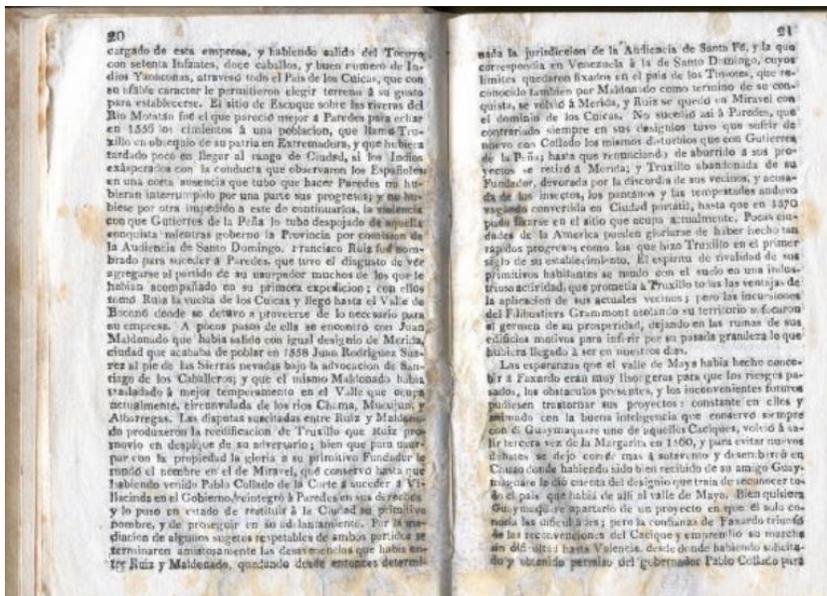


Dice Fray Pedro de Aguado (1581), el historiador pionero de Venezuela, que Losada vertió poca sangre para poblar y “reedificó los pueblos que de antes estaban poblados, y al uno llamó Santiago de León, por respeto del gobernador, que se decía don Pedro Ponce de León, y al otro [El Collado o Caraballeda] Nuestra Señora de los Remedios, y repartió la tierra entre algunos de los que con él fueron”. Al año siguiente tendría Caracas unos 50 o 60 vecinos, que llegaron a unos 400 para 1593.

LAS VEGAS DE CARACAS

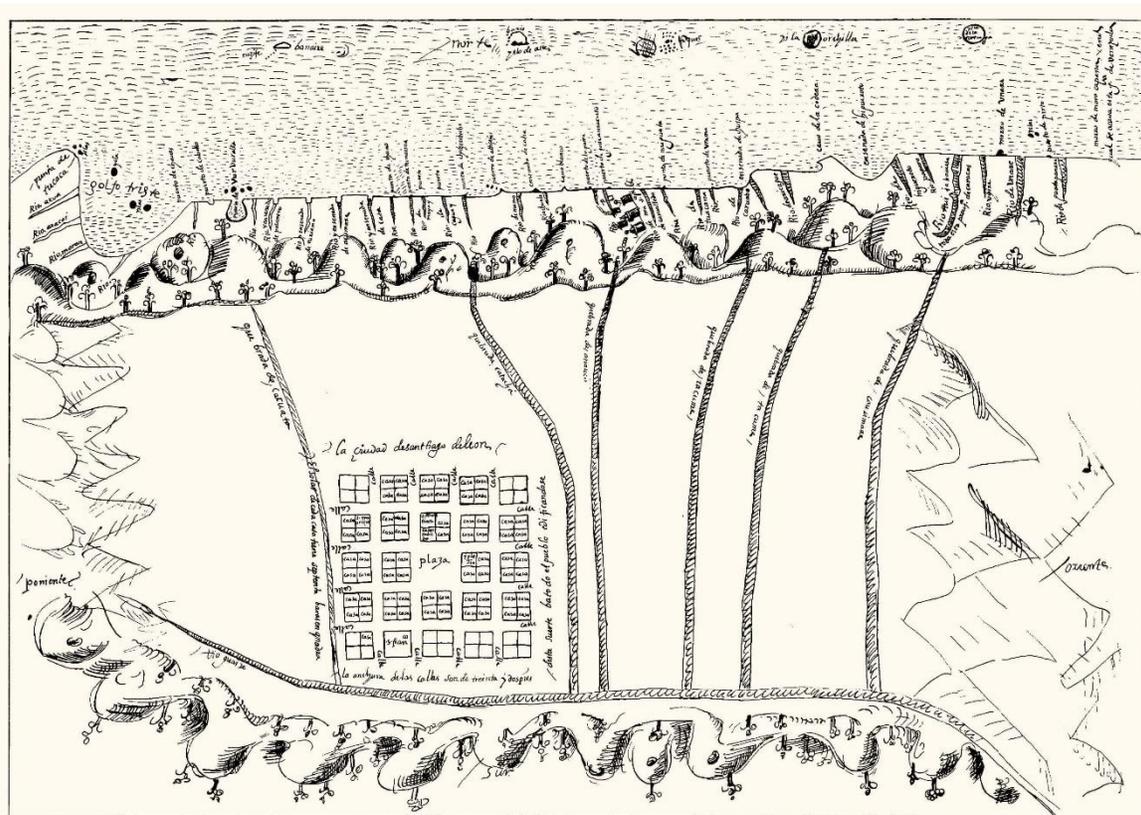
La Vega o las vegas, así como señala los sitios de tránsito obligado, los sembradíos y cañaverales a las orillas del Guaire que acogen y sirven a los fundadores, conquistadores y pobladores de la actual capital venezolana, y sobre los que también avanza Fajardo para reconocer el valle al que ingresa desde el norte y por la serranía, adquiere su partida de nacimiento dentro de la historia hispanoamericana el 8 de mayo de 1568. Allí toma cuerpo el paso de la vega o camino real transitado por distintas naciones indígenas, ocupado de modo preferente por toromainas, que conecta a la naciente ciudad con el poniente, en los valles de Aragua.

Se trata de una encomienda, la forma de reparto de tierras propio de la época, conferida a los capitanes Garci-González Da Silva y Francisco Infante. El último, hombre de la estrecha confianza de Losada y uno de los conquistadores que le acompañan en la gesta, hecho alcalde deja aflorar sus disgustos por considerar que en la repartición de tierras no fue bien tratado. Le lleva sus calumnias al gobernador Pedro Ponce, quien le retira sus poderes a Losada y, al cabo, concluirá siendo el primer caudillo y terrateniente de Venezuela. El otro llega luego y es a la sazón sobrino de don Pedro Silva, quien con sus hombres armados es enviado a Santiago de León y a Caraballeda para poner orden en las discordias vecinales originadas por las infamias de Infante.



Manual de Forasteros, 1810 (Andrés Bello)

“El 26 de mayo de 1621 finalizó el acto fundacional de Nuestra Señora de la Limpia Concepción de La Vega, un pueblo de indios – pueblo de doctrina – que se formó con base en cuatro encomiendas constituidas por naciones indígenas que provenían de valle de Salamanca, es decir probablemente fueron quiriquirees y paracotos”. El mismo hace parte de aquellos otros que forman el proceso fundacional realizado por el gobernador de La Hoz y Berrío, “quien, estando ausente, delegó poderes de juez poblador e instruyó al teniente general Pedro Gutiérrez de Lugo, en tanto el obispo Gonzalo de Angulo los delegó en el vicario Gabriel Mendoza”. Se dice que tuvo lugar “a partir de las 8 o 9 doctrinas de franciscanos con sede ambulante que se habían formado al agrupar aproximadamente 40 encomiendas en 1574”, según cita de Ambrosio Perera recogida por la Arq. Izaskun Landa (Los ejidos de la ciudad de Caracas, 1594-1864, UCV, 2010).

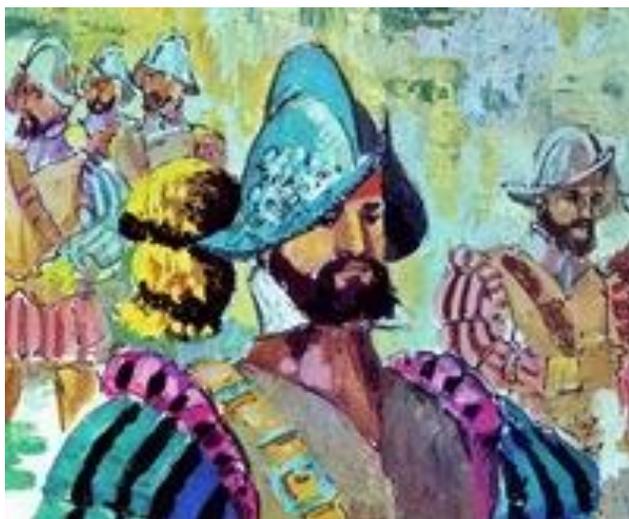


Las actas del cabildo caraqueño, para 1573 reseñan que Juan Fernández León “presentó una petición en que por ella pidió se le hiciese merced de diez anegadas de tierra en la vega de esta ciudad, desde banda del río, desde el camino que entra en las tierras del general Diego de Lossada hasta el camino real que va por el rancho de Alonso Diez. Y leída los dichos

activas y no sufrir embates las haciendas ya establecidas con los nombres de La Vega, Riverol, Simplicidad, Montalbán, que “multiplicaron sus tablones de caña y la actividad agrícola durante el siglo XIX”. Sus propietarios aportan dineros en esa ocasión – se afirma que 70.000 pesos – para la empresa de la independencia.

“DOS COSAS NO HAN CAMBIADO”: LA VEGA DE TOVAR Y LOS HERRERA

En el año ‘13 se la formaliza como parroquia a La Vega, bajo la advocación de Nuestra Señora del Rosario de Chiquinquirá de la Vega.



Garci González de Silva, fundador de La Vega

Refiere la crónica que, en cuanto a la denominada Hacienda La Vega “la primera casa que se estableció en el lugar inicialmente fue usada como una barraca para esclavos que luego fue transformada en vivienda colonial [y] cambió de propietarios sucesivamente. Uno de sus dueños más ilustres fue la Familia Tovar quienes recibieron en el sitio al General Simón Bolívar en 1827 (Eirck Lezama A., *Hacienda La Vega*).

Los Tovar habrían recibido la propiedad en 1620. En 1867 se encontraba parcialmente deteriorada [la Hacienda La Vega]. Según el Censo de 1891 se contabilizaron 43 habitantes en la propiedad y para 1899 es comprada por Jorge Uslar, quien la recibe tras un acuerdo con el Banco de Caracas y emprendió el trabajo de su reconstrucción” (Club Ensayos, 2011).



Los propietarios de la heredad, para inicios del siglo XX son los Herrera-Von Uslar-Gliechen., familia que integran José, conocido como Pepito, y su esposa Clementina Velutini Coutourier Pérez-Matos. Ambos contraen nupcias en Caracas en 1930.

A Diego de Losada se le atribuye, en efecto, fundar a Caracas y darle como sello el dominio de ella por sus mantuanos. La Vega es, sin lugar a duda, el ícono que aún queda como memoria de esos orígenes que crean hidalgos en la ciudad capital. No por azar, Herrera Uslar es descendiente directo de Agustín de Herrera Sarmiento, el yerno de Fernández de León, quien acompaña la empresa fundacional del Valle de Maya, luego Hato San Francisco, sucesivamente Villa de San Francisco, hasta que alcanza su rango como ciudad de Santiago de León.

Clementina es la nieta del General José Antonio Velutini Ron (1844-1912), militar y político que fuera vicepresidente de la República (1904-1905), e hijo este de José María Velutini Ilarione, corso que llega a Venezuela en 1830. Velutini Ron es parte fundamental en la historia del Liberalismo Amarillo. Sirve bajo el dominio caudillista del general Antonio Guzmán Blanco y más tarde será general en jefe de los ejércitos durante la presidencia de Joaquín Crespo, además comandante de estas bajo el gobierno de Cipriano Castro a propósito de la Revolución Libertadora, siendo ministro de relaciones interiores.



Gral. José Antonio Velutini

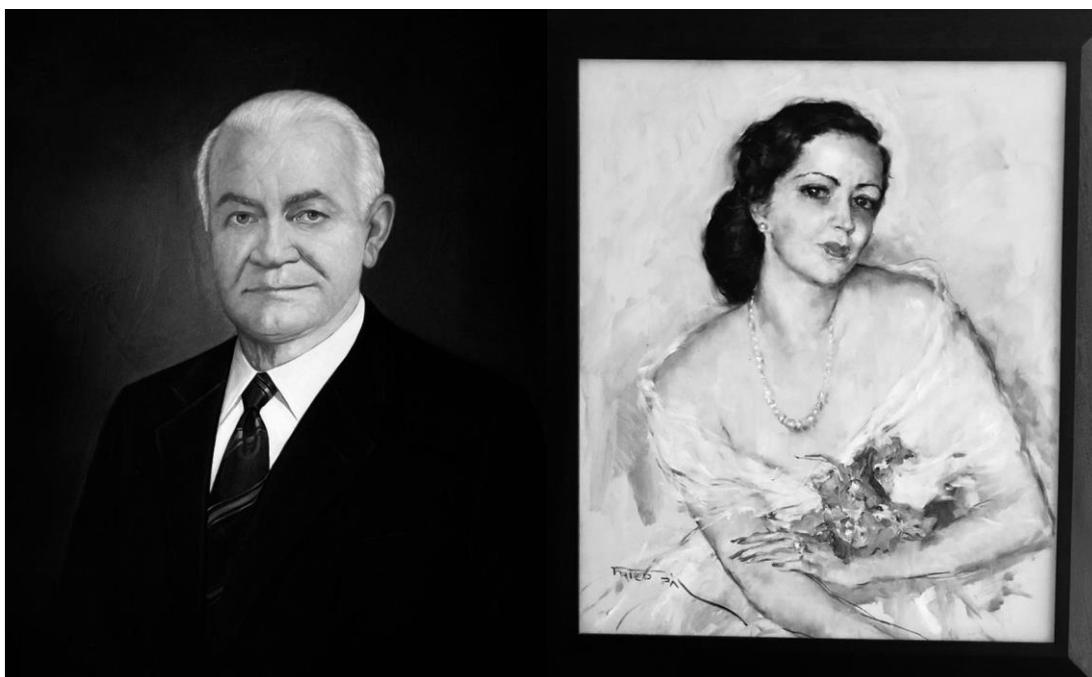
El abogado y embajador José Herrera Uslar (1904-1998), es hijo de José Herrera y Manrique de Lara (1873-1918), quien fallece en La Habana y es, a su vez, hijo de José Herrera Irigoyen (1836-) y de Luisa Amalia Manrique de Lara Garmendia (1837-1905). Su madre, Carolina Uslar Urbaneja es la hija de Jorge Uslar Durán (1853-) y Mercedes Urbaneja Padrón (1854-), propietarios de la Hacienda La Vega durante el siglo XX.



A la sazón, el hermano de José, Jesús María Herrera Irigoyen (1847-1929), a su vez hijo de Miguel Herrera Melo (secretario de Guerra y Marina del presidente Manuel Felipe de Tovar) y de Rita Irigoyen, y casado con la nieta

del primer presidente de Venezuela (Cristóbal de Mendoza, 1811), es el fundador de El Cojo Ilustrado, considerada la mejor revista cultural de América Latina y expresión de la vida artística y literaria venezolana, que desaparece en 1915.

Jorge Uslar adquiere la Hacienda La Vega al concluir siglo XIX. Es hijo de Jorge Augusto Uslar Hernández nacido en Valencia, Venezuela (1823) y a su rama al padre de este, Johann von Uslar-Gleichen (1779-1866), del Electorado alemán de Brunswinck, quien fallece en la misma Valencia y es el Oficial comandante de la Guardia de Granaderos de Simón Bolívar. El eximio escritor venezolano Arturo Uslar Pietri es también su nieto.



José Herrera Uslar – Clementina Velutini Coutourier

De allí, entonces, que no extrañe la misiva que se atribuye al Libertador dirigida al primer propietario de la Hacienda que lo fuera también luego de la célebre hacienda Santa Teresa, hijo del Conde de Tovar, que reza así: “Martín, sólo dos cosas no han cambiado en Venezuela, el Ávila y tú”. Martín Tovar y Ponte, fue participante de la rebelión de los mantuanos de 1808, miembro de la junta de gobierno de 1810 y del congreso fundacional venezolano de 1811.



Martín Tovar y Ponte

Tovar y Ponte, que crea en 1842 la Caja de Ahorros de Caracas y el año siguiente ayuda a establecer la colonia alemana que llevará su nombre, unirá a él su filantropía el causahabiente de La Vega, Herrera Uslar. Dona parte de los terrenos sobre cuyos polvos nace la historia de Caracas y son mudos testigos de las violentas refriegas de su parto, a la Iglesia Católica. Allí se levantan la actual Universidad Andrés Bello y la sede de la Conferencia Episcopal Venezolana. Padre que se hace de tres huérfanos de la segunda gran guerra del siglo XX refugiados en Suiza y sus causahabientes – José, Julio y Christina Herrera-Velutini – siendo embajador en Suecia, tanto como Tovar, trae a Venezuela y protege a más de 1.000 refugiados de la Confederación Helvética, dándoles asiento en el sitio de los indios Caracas, en el Valle de Maya, conquistado y poblado hace más de cuatro siglos y medio.

«Qué importa lo que en última instancia sucederá a los criollos, a los blancos de orilla y a los isleños. A mí, ¿qué carajo me importa lo que les pase a los De las Casas, a los López y a los Filardo? A mí lo que me importa es lo que le pasará a mi gente. A mí los que me importan son los Palacios, los Blanco, los Herrera, los de la Madriz, los Toro, los Bolívar y los Ascanio. Me importa lo que les pase a ellos. Me importa mi propia vida y mi propia muerte. Me importa el destino de nosotros, los Amos del Valle». Francisco Herrera Luque, 1979

Condado de Broward, Julio 1º, 2021

AA.